


# El libro de la belleza

Reflexiones  
sobre un valor  
esquivo





DIRECCIÓN Y PRODUCCIÓN EJECUTIVA  
Fundación ArtesanoGroup  
Carmen Julieta Centeno / Sudán Macció

ASESORÍA EDITORIAL  
Antonio López Ortega

EDICIÓN  
Maribel Espinoza

INVESTIGACIÓN DOCUMENTAL E ICONOGRÁFICA  
Coromoto Díaz, María Antonia González Arnal  
y Segundo Riquelme

REPRODUCCIÓN FOTOGRÁFICA  
Reinaldo Armas (pp. 179, 216, 220)  
Rodrigo Benavides (pp. 92, 105)  
José Calabrese (p. 232)  
Peter Cox (p. 156)  
Mark Morosse (pp. 166, 252)  
Abel Naím (p. 128)  
Carlos Germán Rojas (pp. 20, 42, 229, 276)  
Gregg Stanger (pp. 100, 293)  
Vladimir Terebenin, Leonard Kheifets y  
Yuri Molodkovets (pp. 137, 256)

DISEÑO GRÁFICO  
Pedro Mancilla

RETOQUE FOTOGRÁFICO  
David Ladera

CUBIERTA  
Jan Vermeer.  
*La joven con el arete de perla* (detalle), 1665-1667  
Royal Picture Gallery Mauritshuis, La Haya

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY  
Fundación ArtesanoGroup  
Depósito legal If 31020157002810  
ISBN 978-980-6671-06-5

Turner  
Depósito legal M-30431-2015  
ISBN 978-84-16354-99-3


©María Elena Ramos, 2015  
©Del prólogo, Antonio Muñoz Molina, 2015  
©Fundación ArtesanoGroup, 2015  
Todos los derechos reservados

[www.artesanogroup.com](http://www.artesanogroup.com)

Ramos, María Elena.  
El libro de la belleza: reflexiones sobre un valor esquivo / María Elena Ramos. --  
Caracas: Fundación ArtesanoGroup-Turner, 2015.  
D.L.: If31020157002810  
ISBN: 97898066671065  
1. Estética. 2. Arte -- Filosofía.  
701. 17  
R175

# El libro de la belleza

Reflexiones  
sobre un valor  
esquivo



**María Elena Ramos**



## Liminar

Toda edición tiene su intrahistoria, y en el caso de *El libro de la belleza*, esta no ha sido poca cosa. Comenzó, por supuesto, por la visión conceptual y el empeño de María Elena Ramos, una de las investigadoras y ensayistas de arte venezolanas más importantes de las últimas décadas, que ha fundido visión filosófica, poética y estética en un todo. Esta concepción multitemática obligaba a un acompañamiento gráfico exhaustivo, pues las referencias plásticas eran abundantes. En consecuencia, se estableció gradualmente un arqueo de obras que obligó a solicitar licencias de reproducción a los más importantes museos occidentales, sobre todo estadounidenses y europeos. Adicionalmente, la conjunción entre un texto con referencias de todo orden y reproducciones artísticas de todos los tiempos exigía un trabajo de diseño gráfico de alta factura, capaz de conciliar los opuestos, que gracias a la visión minuciosa de Pedro Mancilla se hizo posible. Por último, mención especial merecería el prólogo del gran narrador español Antonio Muñoz Molina, a quien dejamos constancia de nuestro agradecimiento por su entusiasmo y su generosidad.

Con más de veinte años en la edición institucional y corporativa, con temas dominantes como artes visuales, artesanía, patrimonio y ciencias sociales, Fundación ArtesanoGroup concibe la producción de *El libro de la belleza* como su primera propuesta firme en el mercado editorial iberoamericano, y esto gracias a una serie de apoyos institucionales. El salto no es poca cosa si se toma en cuenta que el punto de partida es Venezuela, donde las condiciones para la producción editorial han desmejorado por factores exógenos a la industria. No vemos los obstáculos, sin embargo, como un impedimento sino como nuevos retos. Sirva esta cuidada publicación como un homenaje a la gran tradición editorial venezolana, que en sus mejores años fue referencia mundial, y sirva también para dar cuenta de un probable futuro, para el que la conquista de nuevos mercados y de nuevas audiencias se hace insoslayable.

# Contenido

PRÓLOGO	página 9
Lujo común de la belleza, por Antonio Muñoz Molina	
INTRODUCCIÓN	página 14
<b>I Las construcciones de la belleza</b>	página 17
La escalada platónica	22
Bondad, verdad, belleza	27
Dios como causa de lo bello	32
Para construir belleza dentro de uno mismo	39
Sobre la belleza interior	43
La matemática	49
Armonía, orden, magnitud	55
La forma	59
La libertad del artista	64
Amor y gracia	71
Arte, amor y belleza	79
La mujer, el espejo	83
El adorno de los cuerpos	87
Naturaleza y belleza	93
De las aves y su relación con lo divino	97
América, el lugar del Paraíso	99
Tierra de gracia	107
Arte y naturaleza	112

## **II Las negaciones a la belleza** página 117

Ideales y amenazas de la belleza en política	121
La belleza y las virtudes en peligro	129
Entre razón y emoción	133
La compulsión de la muerte	141
Del rechazo a la armonía. Algunos quiebres modernos con la belleza clásica	145
La belleza interior y el arte moderno	155
Abstracción: revelar, disolver	161
Belleza en declive, crecimiento del interés en lo sublime	165
Lo bello y lo feo	171
Lo violento	183
Lo terrible	191
La belleza infausta	195
De una cierta inarmonía, de un ritmo levemente perturbado	199
Poseer la belleza ajena	205

## **III Certeza y enigma** página 211

Contra la crítica a la belleza	215
La belleza eleva (del poder anagógico de la belleza)	221
Belleza que salva	225
Vigencia de un valor social	233
En todas partes, en cualquier tiempo	241
... a pesar de las resistencias que el intelecto opone	253
Lo bello en el arte como evocación de un orden íntegro posible	257
Lo pasado, la memoria, el lenguaje	269
Inagotable, indescriptible, irrenunciable	277
La belleza queda	287

BIBLIOGRAFÍA CITADA página 297

ÍNDICE DE IMÁGENES página 301





## Lujo común de la belleza

Donde menos se espera salta la belleza. La belleza nos toca siempre con la sorpresa de lo excepcional y lo inesperado, pero en realidad es bastante común, tan solo con que miremos con un poco de atención. Hay grandes negocios que se basan en la idea de que la belleza es muy escasa y de que solo se puede acceder a ella comprando determinadas cosas o admirando a ciertas personas, o yendo a ciertos lugares: mirando las fotos de las modelos en las revistas, a las actrices en las películas de moda, viajando a ciertas ciudades y a ciertos sitios muy restringidos en esas ciudades, obedeciendo cánones estrictos. En cualquier acera de cualquier calle, en cualquier café en el que uno se quede unos minutos, encontrará bellezas muy superiores a las de cualquier revista, mujeres más sensuales y llenas de misterio que las de cualquier película de Hollywood. En realidad, donde menos está la belleza es donde más se la espera. Alguna vez, por esos azares de la vida, me he visto en un desfile de modas, una de ellas en la célebre Fashion Week de Nueva York, y no he distinguido a mi alrededor casi ninguna belleza, ni en las modelos gigantes y flacas con andares de jirafa y facciones huesudas de adictas ni en la gente vestida con cara ropa de marca que observaba en las gradas. La belleza la he encontrado en una asistente de algún fotógrafo, con el pelo recogido, unos vaqueros y una camiseta, o en una señora de la limpieza, de rasgos africanos o indios, ancha y solemne, vistiendo con perfecta dignidad una bata de trabajo.

Negocios enormes dependen de que la belleza haya de cumplir ciertas condiciones obligatorias, lo mismo la belleza de las obras de arte que la de las personas. La belleza, tiránicamente, se asocia a la moda, a la juventud, a la extrema delgadez, y muchas vidas jóvenes son arruinadas por esa superstición obsesiva. Pero si hay belleza en la juventud también la hay en las huellas del tiempo y de la experiencia, y no hay cuerpo saludable y racionalmente cuidado que no sea atractivo, unas veces con su delgadez y otras con su carnalidad, con la piel muy tersa o con la gravedad lenta de los años.

La adoración de las bellezas oficiales de la moda, del cine, de la televisión, de las revistas de gente célebre y sin cerebro, es una variante de la propensión humana a buscar salvadores o héroes o dioses, gente que está muy por encima de nosotros y tiene lo que a nosotros nos falta. Esas bellezas propenden a la monotonía de lo establecido: la belleza verdadera siempre tiene algo de irregular, de inacabado, a veces un punto de exceso, un forzar las normas hasta su mismo límite.

Con la belleza nos pasa como a San Agustín con el tiempo: que sabemos lo que es salvo cuando nos piden que la definamos. Ni falta que hace, creo yo. Si algo queda claro en las páginas de este libro, en los textos escogidos y en las imágenes que los acompañan, es la pluralidad de las opiniones sobre la belleza, que son tan variadas como la belleza misma. Miro a mi alrededor un momento, apartando los ojos de la pantalla de la computadora, y sin apartarme del espacio de mi escritorio encuentro ejemplos diversos e indudables de la belleza: un cuaderno con tapas de cartón y lomo de tela negra, un rotulador de punta fina y superficie plateada que se ajusta perfectamente a mis dedos cuando escribo a mano, una postal que me envió mi hija hace años, un pez de madera tallado por un artesano popular, tal vez hace un siglo. El escritorio mismo es un bello diseño de patas metálicas con ruedas y una plancha blanca que se curva delicadamente hacia dentro en la zona en la que apoyo los codos. Pero también hay una gran belleza en el MacBook Air en el que escribo, en su lisura plana, en su ligereza, y la tipografía Times New Roman que tengo marcada en el procesador de textos. Bellezas prácticas todas, útiles, que sirven para hacer mejor la vida, para facilitar el trabajo, y que también, estoy seguro, contribuyen con benevolencia a mi estado de ánimo, y alivian las horas a veces excesivas que paso sentado aquí.

Miro por la ventana junto a la que está mi escritorio, y me dan ganas de decir, como Jorge Guillén en uno de sus poemas: el mundo está bien hecho. Veo la fachada y las filas de ventanas del edificio que está enfrente del mío,

la entrada con su moldura de piedra, en la que suele aburrirse un *doorman* uniformado, y como está anocheciendo se han encendido ya de manera desigual algunas luces en las viviendas, y si pongo atención puedo distinguir, como cromos en un álbum o viñetas en una novela gráfica, escenas de vidas privadas, habitaciones con bibliotecas, con lámparas junto a los visillos, con escritorios parecidos al mío. Es la belleza visual y también humana de la ciudad, con su riqueza de perspectivas y su densidad de gente, y por lo tanto de posibilidades de cruce y encuentro. Y junto a ella está la belleza del mundo natural, incluso en estos días en los que aún es invierno, un invierno tenaz que no ha permitido todavía que surjan los brotes nuevos de los árboles. En mi calle, en las dos aceras, delante de mi ventana, hay olmos americanos y ginkgos. La falta de las hojas revela la belleza entre simétrica y desordenada de sus copas y sus ramas desnudas. Los ginkgos despliegan ramas casi en ángulo recto, como brazos en cruz. Los olmos tienen ramas como cabelleras. Los unos y los otros presentan una variedad fantástica de líneas que me gustaría saber dibujar, o fotografiar tal vez a la manera de Harry Callahan. Dentro de unas semanas los olmos llenarán las aceras de esas semillas envueltas en membranas secas que se llaman sámaras, que se acumulan en las aceras como montañas de nieve y giran en remolinos durante los vendavales de la primavera: también hay una belleza en esa palabra, en la exactitud con que designa un elemento botánico, sámara. Y habrá más todavía cuando los ginkgos produzcan sus hojas de un verde muy tierno con formas como de abanicos, y otra belleza nueva cuando llegue el otoño y las hojas se vuelvan de un amarillo luminoso, un amarillo de incendio cuando les dé el sol de la tarde.

Se crean jerarquías feroces en la literatura o en las artes para determinar el mérito máximo, la mayor belleza, pero siempre son jerarquías tramposas. Hay una belleza literaria que es visible más o menos para todo el mundo y que depara a quien la crea un reconocimiento merecido, pero hay también

bellezas un poco más raras o más difíciles que tardan en verse o que habiendo brillado con brevedad quedan olvidadas para siempre, o se recobran al cabo de mucho tiempo, cuando quien la creó lleva décadas o siglos muerto. Hay una belleza contemporánea que pierde el lustre como una ropa de moda, y otra que se mantiene invariable porque tiene una consistencia ósea, como esas caras de mujeres de pómulos altos y barbilla firme que nunca envejecen. Hay una belleza creada conscientemente y firmada, pero también hay otra que es impersonal, que nace del azar o del orden secreto de la naturaleza, que existe como un relámpago en la conciencia de quien la ha advertido, una belleza popular y anónima que está lo mismo en las metáforas implícitas del idioma que en las herramientas de los oficios o en el sentido estético innato de personas que no han visitado nunca una escuela y nunca pisarán un museo de arte.

Hay bellezas antipáticas que se yerguen imperiosamente en la frialdad de su propia arrogancia, y hay bellezas destructivas en su seducción, como también se advierte en estas páginas: la belleza perfecta y atroz de las utopías políticas, que no admiten las debilidades y las imperfecciones inevitables de los seres humanos, la belleza que exige algún tipo de pureza implacable: pureza ideológica, pureza de sangre o de fe. Casi tan inhumana como la belleza de las utopías políticas que quieren instalar por decreto el Paraíso Terrenal y asegurar su duración con sacrificios humanos es la de los planificadores autoritarios de ciudades, de la escuela devastadora de Le Corbusier, que han aspirado —y lo han logrado a veces— a la abolición de la naturaleza arbitraria y caótica de los tejidos urbanos, a imponer la línea recta sobre el atajo y la curva, en ocasiones con un propósito directamente político, como cuando el barón Haussmann, en el Segundo Imperio, arrasó los barrios populares de París en los que solían estallar motines revolucionarios e impuso avenidas con la anchura exactamente necesaria para el despliegue de batallones militares y baterías artilleras.

La belleza es un prodigio cotidiano y un lujo de primera necesidad, casi siempre un proceso de transformación y tanteo, casi nunca una obra cumplida y cerrada, porque la belleza es una parte de la vida, y lo inamovible es la pesadez y la muerte. Casi todas las personas tienen, en mayor o menor medida, la capacidad de disfrutar de algunas formas de belleza, y hasta de crearlas. También el talento está más repartido de lo que parece. Desear un mundo justo es desear que existan las condiciones para que cualquier pueda desarrollar sus mejores capacidades, que tantas veces se frustran por la falta de acceso a la educación, a la salud, al bienestar mínimo sin el cual no hay otro pensamiento posible que el de la supervivencia. Decía Antonio Machado que las grandes obras esenciales del conocimiento y de la literatura están escritas en el lenguaje del pueblo. La belleza, siempre imperfecta, siempre limitada, siempre frágil, siempre bajo asedio, de la democracia y de la justicia, envuelve a todas las otras. Una belleza de la que están excluidos la mayor parte de los seres humanos es un privilegio despreciable.

**Antonio Muñoz Molina**

## INTRODUCCIÓN

El nombre que originalmente di a este libro llevaba forma de pregunta: *¿Qué es para ti la belleza?* Cuando el Consejo Editor sugirió el que ahora lleva, me resultó, de entrada, demasiado rotundo, abarcante, casi grandioso. Parecía ser lo contrario de lo que yo pretendía con el original, basado en el concepto de la pregunta que involucra a los demás, del construir un saber no enciclopédico y sí en permanente proceso, un saber inconcluso que necesita ser alcanzado, aunque solo parcialmente, entre muchos.

Las razones editoriales, sin embargo, me convencieron en titularlo *El libro de la belleza*, manteniendo en todo caso el subtítulo original: *Reflexiones sobre un valor esquivo*. Comencé a ver este *nombrar* de otra manera, como un buen modo de albergar las tantas voces de tan distintos siglos que aquí han sido convocadas, y dejando recaer en el subtítulo el acento sobre la fragilidad de *lo esquivo*. Se conjugaba así una asertividad más amplia con cierta bajada a tierra, necesaria, acerca de un asunto sobre el cual, como el del amor, como el de la verdad y otros afines, nunca estará todo dicho.

Para aproximar el tema universal de la belleza este libro se construye con los modos del fragmento y de la cita. Tres amplios capítulos lo integran, con materias —relacionadas pero distintas— que responden desde diversos enfoques a esa pregunta que sigue recorriendo la interioridad del libro: «¿Qué es para ti la belleza?». Y desde esa interrogante aquí se invita a otro modo de lectura, que no solo interpela a los personajes que a lo largo de la historia y hasta nuestros días han pensado —y han creado— la belleza, sino que también se dirige al lector, como pregunta abierta que se deja entre sus manos.

Pensado para el ritmo entrecortado a que obliga la vida contemporánea y la realidad de tiempos breves para el disfrute de la lectura, lo fragmentario no es aquí, sin embargo, solo necesidad de adaptación a ese carácter urgente y compulsivo de nuestra época, sino también elección consciente de una estructura que aporta sus virtudes específicas: cercanía, compañía, enfrentamiento de otra temporalidad, la de una sugerida lentitud de la lectura.

En elección consciente de la diversidad frente a cualquier pretensión de enfoque único, esta estructura aporta además el tipo de saber que solo la multiplicidad de voces provee. Citar es también traer a testimonio. Y dirá George Steiner, complementariamente, «toda documentación es cita. ¿Qué otros medios de remembranza tenemos?».

La belleza nos conmueve cada vez como un advenimiento, nos dice este libro. Y, para quien sepa encontrarla, ella puede aguardar en lugares impensados o puede subsistir como aliento en los momentos trágicos en que lo humano se confronta con la pérdida. La belleza aparece, se muestra, insiste. A veces es sojuzgada y destruida. . . pero también sabe ser resistente. La amplia variedad de testimonios en esta publicación da fe de las certidumbres que ella genera, pero también deja constancia de su frágil condición. Pues si sabe deslumbrar en lo visible o lo audible, también puede evidenciar, para quien la piensa, su condición de sombra y de misterio.

Tres capítulos integran esta publicación: «Las construcciones de la belleza», «Las negaciones a la belleza», «Certeza y enigma». Una serie de subtemas serán abordados en el desarrollo de cada uno. Allí lo universal (la universalidad de lo bello, en este caso) puede ser reconocido aun en esos pequeños textos, piezas mínimas que se ofrecen al lector para su goce del instante, para la revelación de una idea o para el encuentro con una palabra muy antigua que venga a resonar en sensible afinidad con la actualidad más personal de su lectura.

**María Elena Ramos**



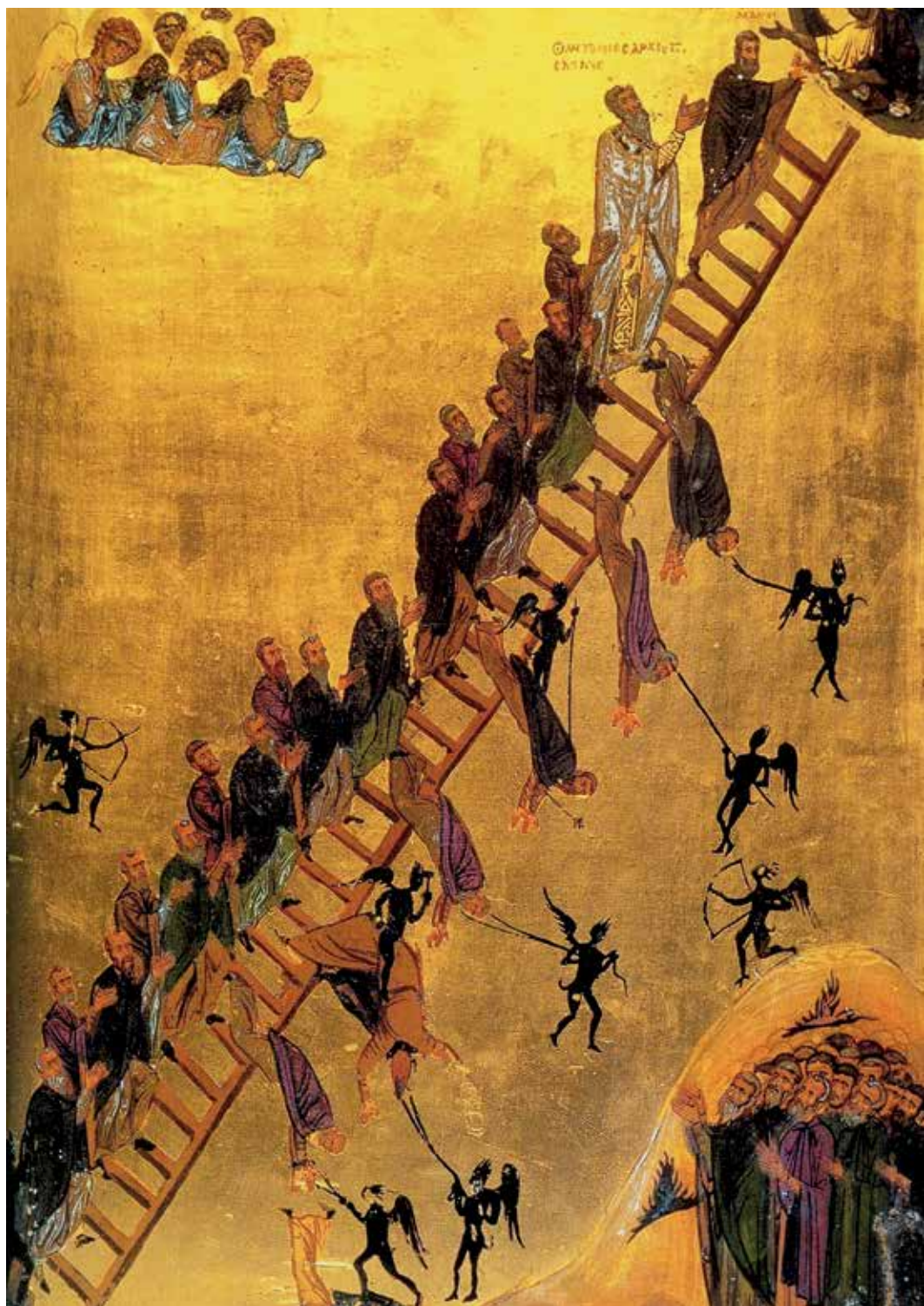


**El libro  
de la  
belleza**

Reflexiones  
sobre un valor  
esquivo

**Las construcciones de la belleza** 

**I**



## LAS CONSTRUCCIONES DE LA BELLEZA

Esta primera parte de *El libro de la belleza. Reflexiones sobre un valor esquivo* reúne algunas ideas que vienen desde muy antiguo, concepciones que han sido esenciales en la historia de una humanidad que siente e interpreta lo que de armónico y atrayente va encontrando alrededor o va creando con su inteligencia y con sus propias manos. «Las construcciones de la belleza» la hemos titulado, y este nombre lleva implícito las afirmaciones, emociones y atracciones por lo bello, o por lo que los seres consideran que lo es. Es el entusiasmo lo que define, en distintos énfasis y grados, la mayoría de las posiciones que se reflejan en los fragmentos citados, seleccionados entre numerosos autores de diversas épocas.

Como algo palpable e inmediato veremos que la belleza del mundo vibra en los rostros y cuerpos humanos, y en el amor de quien admira la belleza del otro, o de quien subjetivamente encuentra algún tipo de consonancia con su objeto de enamoramiento. Pero veremos también que no solo el perceptor puede quedar cautivado por la belleza de otro, sino también de la de los otros y la de lo otro, encontrando así lo digno de ser admirado en un espacio mucho más amplio: el de seres, lugares y objetos que están más allá de sí mismos.

Recorremos aquí entonces los ámbitos múltiples en los que la belleza ha sido interpretada como un don, como legado positivo que enriquece la existencia humana, desde lo bello en la apariencia de los seres del mundo sensible hasta lo bello que existe como interioridad de las personas; desde la belleza que percibimos y admiramos en la naturaleza —la de nuestro país, la del continente americano, la de cualquier lugar del planeta o la que pueda existir en el universo entero— hasta la idea de lo bello que nos vincula con lo trascendente, bien sea con la idea de Dios, con las más generales de lo divino y lo sagrado, o bien con la intuición amplia de que, más allá de una belleza visible, hay otras que no lo son directamente, y cuyo carácter es espiritual, conceptual, inteligible. O imaginario.

Así, esta primera sección del libro deja constancia de que la belleza se ha presentado de múltiples formas, se ha alojado en los más diversos espacios y aparece en muy distintas disciplinas; y deja constancia, particularmente, de que durante siglos el fervor y la atención positiva han marcado las relaciones del hombre con lo bello, tanto en las ciencias de la naturaleza como en la filosofía, tanto en las matemáticas como —de manera privilegiada— en los distintos lenguajes de la creación artística.

Página 18:

**Pvasiliadis**

*La escalera del Paraiso*, siglos XII-XIII

(Icono inspirado en la obra de San Juan Clímaco)

Monasterio de Santa Catalina o de la Transfiguración

Monte Sinaí, Egipto

Página siguiente:

**Anónimo**

*San Miguel Arcángel*, México, siglo XVIII

Óleo sobre tela

156,5 x 105 cm

Colección particular





## La escalada platónica

Platón señala una vía, que la cultura de Occidente siguió y que aún resuena para el hombre contemporáneo, y que aquí hemos llamado «la escalada platónica». Según ella, hay que comenzar a recorrer el camino recto del amor desde la belleza de los cuerpos del mundo y, subiendo por una escala de sucesivos grados, ir elevándose por esa senda hasta la contemplación de la belleza divina, de *la belleza en sí*. Se dice rápido, pero ese crecimiento desde su ser de naturaleza hacia un llamado que le eleva es un largo tránsito en la vida espiritual del hombre.

Pero, más ampliamente, ese camino marcó la filosofía occidental toda, tanto la que se vinculó a la religión como la que dio fundamento a la política, al derecho o a la estética. También la literatura clásica sintió la huella de la *escalera de la belleza*, como observamos en el fragmento de *La divina comedia*, de Dante, que hemos elegido, su «Canto trigésimo», y último —como corresponde— a la llegada al nivel más alto: Dios, el Empíreo. (Un libro y un capítulo, por cierto, que parecen negar la frase displicente del mismo Platón cuando, en su *Fedro*, dice: «A ese lugar supraceleste no lo ha cantado poeta alguno de los de aquí abajo, ni lo cantará jamás como merece»).

Podemos leer otra versión del mismo espíritu en un autor más moderno, Thomas Mann, cuando en *La muerte en Venecia* el protagonista, Aschenbach, se deja encantar por el hechizo del bello efebo Tadzio, y su solitaria reflexión lo lleva a sentir, en clara referencia a *El banquete* de Platón y a lo que aquí hemos llamado la *escalada platónica*, que solo a través de la contemplación de un cuerpo podría él ser capaz de acceder luego a un plano de contemplación más elevado.

Ilustra el capítulo una mirada interior a la catedral de Colonia, con el recordatorio de que las catedrales góticas buscaban llevar hacia lo alto la mirada de los fieles desde su lugar de perceptores. Lo ilustra también el icono anónimo *La escalera del Paraíso*, inspirado en el libro de San Juan de Clímaco que, con el mismo nombre, explicaba el camino de ascenso en las virtudes

a ser seguido por los creyentes, a la vez que narraba los años de crecimiento de Jesús desde su vida terrenal. Vale recordar aquí que una iconografía de las escalas al cielo —con su imaginario del ascenso hacia Dios— ha sido reiterado tema de la cultura, siendo una de las más conocidas la del sueño de Jacob, quien se iba encontrando con ángeles que subían o bajaban a lo largo de la escalera de su sueño.



**Randal J.**

*Espiral interior de la catedral de Colonia, Alemania, 8/2003*

Fotografía con zoom digital. Cámara Kodak DX6490

Tiempo de exposición 1/20 segundos (0.05)

©Randal J.

«... el camino recto del amor hay que empezarlo por las bellezas de aquí abajo hasta elevarse a las alturas en que impera la belleza suprema, pasando, por decirlo así, por todos los peldaños de la escala: de un cuerpo bello o dos, de dos a todos los otros, de los cuerpos bellos a las bellas ocupaciones, de las bellas ocupaciones a las ciencias bellas, hasta que de ciencia en ciencia se llega a la ciencia por excelencia, que no es otra que la ciencia de lo bello mismo, y se termine conociéndolo tal como es en sí (...). Si alguna cosa da valor a esta vida es la contemplación de la belleza absoluta (...) la belleza pura, simple y sin mezcla, no revestida de carne, de colores luminosos ni de todas las otras vanidades perecederas, sino la belleza divina misma...».

**Platón**

«El banquete, o del amor», en *Diálogos*.  
Madrid: Espasa-Calpe, 1969,  
p. 130.

**¿Por qué hay belleza?**

«... las diferencias de luminosidad, de belleza, nos definen como una escala, a lo largo de la cual vamos ascendiendo en plenitud hasta...

Justamente, la pregunta queda en suspenso, porque apunta más allá de lo que nos es dado captar. La belleza que brilla ante nuestros ojos al mismo tiempo nos colma, nos hiere y despierta en nosotros como un doloroso recuerdo de la plenitud lejana, esa nostalgia de lo absoluto que Platón ha expresado de modo perdurable en el *Fedro* y en *El banquete*, y que forma parte del núcleo de toda civilización.

La experiencia de lo bello, con el movimiento ascendente que suscita, nos trae entonces a la pregunta por el origen de toda belleza: ¿Por qué hay belleza? ¿Por qué hay luz en los seres? ¿Por qué es luminoso el ser mismo de los seres?».

**Rafael Tomás Caldera**

«*Splendor formae*», en *El oficio del sabio*.  
Caracas: Fundación Tomás Liscano, 1991,  
pp. 61-62.

**El cielo del Dante**

«El amoroso espíritu con que adoro siempre a mi Dama ardía más que nunca en deseos de volver nuevamente hacia ella los ojos, y las bellezas que la Naturaleza o el arte han producido para cautivar la vista y atraer los espíritus, ya en cuerpos humanos, ya en pinturas, todas juntas serían nada en comparación del placer divino que me iluminó cuando me volví hacia su faz riente: la fuerza que me infundió su mirada me apartó del bello nido de Leda y me transportó al cielo más veloz.

Desde el primer día que vi su rostro en esta vida hasta mi actual contemplación no se ha interrumpido la continuación de mi canto; pero ahora es preciso que mi



poema desista de seguir cantando la belleza de mi Dama, como hace todo artista que llega al último esfuerzo en su arte. Tal cual la dejo para que la anuncie una trompa de mayor sonido que la mía, que conduce al término su difícil tarea.

Beatriz repuso con el gesto y la voz de una guía solícita:

—Hemos salido fuera del mayor de los cuerpos celestes, para subir al cielo que es pura luz; luz intelectual, llena de amor; amor de verdadero bien, lleno de gozo; gozo superior a toda dulzura. Aquí verás una y otra milicia del Paraíso, y una de ellas bajo aquel aspecto con que la contemplarás en el Juicio final.

Como súbito relámpago que disipa las potencias visuales, privando al ojo de la facultad de distinguir los mayores objetos, así me circundó una luz resplandeciente, dejándome velado de tal suerte con su fulgor que nada descubría.

—El Amor que tranquiliza este cielo acoge siempre con semejante saludo al que entra en él, a fin de disponer al cirio para recibir su llama.

No bien hube oído estas palabras, cuando me sentí elevar de un modo superior a mis fuerzas y adquirí una nueva vista de tal vigor que no hay luz alguna tan brillante que no pudieran soportarla mis ojos, y vi en forma de río una luz áurea que despedía espléndidos fulgores entre dos orillas adornadas de admirable primavera. De este río salían vivas centellas, que por todas partes llovían sobre las flores, pareciendo rubíes engastados en oro. Después, como embriagadas con aquellos aromas, volvían a sumergirse en el maravilloso raudal; pero si una entraba en él, otra salía. (..)

—El río y los topacios, que entran y salen, y la sonrisa de las hierbas son nada más que sombras y prefacios de la verdad; no es decir que estas cosas sean en sí de difícil comprensión, pues el defecto está en ti, que no tienes aún la vista bastante elevada (..).

Después me pareció que adquirirían mayor alegría las flores y las centellas; de modo que vi distintamente las dos cortes del Cielo. ¡Oh, esplendor de Dios (..) dame fuerzas para decir cómo lo vi!

Hay allá arriba una luz, que hace visible el Creador a toda criatura que sólo funda su paz en contemplarle; y se extiende en forma circular por tanto espacio que su circunferencia sería para el Sol un cinturón demasiado anchuroso. Toda su apariencia procede de un rayo reflejado sobre la cumbre del Primer Móvil, que de él adquiere movimiento y potencia».

**Dante Alighieri**

«Canto vigesimoséptimo. Ascensión al noveno cielo o cristalino. Los grados de los ángeles»; «Canto trigésimo. El Empíreo: Dios», en *La divina comedia*. Barcelona: Sol, 2002, pp. 384, 395-396.